

Keith Lowe

Continente salvaje

Europa después de la Segunda Guerra Mundial



Galaxia Gutenberg

KEITH LOWE

Continente salvaje

Europa después de la Segunda Guerra Mundial

Traducción de
Irene Cifuentes

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Savage Continent. Europe in the Aftermath of World War II*

Traducción del inglés: Irene Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: enero 2015

© Keith Lowe, 2012

La primera edición en inglés de la obra ha sido publicada por Penguin Books Ltd., en Gran Bretaña

© de la traducción: Irene Cifuentes, 2012

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 23751- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-63-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



A Vera

Índice

Introducción.	13
-----------------------	----

Parte I EL LEGADO DE LA GUERRA

1. Destrucción física	23
2. Ausencia.	33
3. Desplazamiento	49
4. Hambruna	57
5. Destrucción moral	65
6. Esperanza.	85
7. El paisaje del caos.	95

Parte II VENGANZA

8. Sed de sangre	101
9. Los campos liberados	105
10. Mano de obra esclava.	123
11. Prisioneros de guerra alemanes.	141
12. Cambio de tornas	157
13. El enemigo dentro.	179
14. La venganza contra mujeres y niños	199
15. La intención de la venganza	217

Parte III
LIMPIEZA ÉTNICA

16. Opciones en tiempos de guerra	225
17. La huida de los judíos	229
18. La limpieza étnica de Ucrania y Polonia	253
19. La expulsión de los alemanes	273
20. Yugoslavia: un microcosmos en Europa	293
21. Tolerancia occidental, intolerancia oriental	311

Parte IV
GUERRA CIVIL

22. Guerras dentro de las guerras	317
23. Violencia política en Francia e Italia	323
24. La guerra civil griega	343
25. El cuco en el nido: el comunismo en Rumanía	365
26. La subyugación del este de Europa	381
27. La resistencia de los «Hermanos del Bosque»	391
28. El espejo de la guerra fría	411

Conclusión	417
----------------------	-----

Agradecimientos	431
---------------------------	-----

Agradecimientos por las fotografías	433
---	-----

Notas	435
-----------------	-----

Bibliografía	483
------------------------	-----

Índice onomástico y temático	505
--	-----

Mapas

1. Cambios territoriales en Europa, 1945-1947	12
2. La muerte de Europa 1939-1945	36
3. Archipiélago de los campos de concentración alemanes	122
4. Campos de desplazados en Alemania, Austria y norte de Italia	131
5. La huida judía a Palestina	251
6. La expulsión de los alemanes	275
7. Lugares de exterminio en Yugoslavia, 1945	304
8. Zonas liberadas por la Resistencia francesa, 23 de agosto de 1944	328
9. Italia 1945-1946.	333
10. Zonas de Grecia bajo el control de los partisanos, 1944.	345
11. Los países bálticos	393
12. La división de Europa en la guerra fría	413

I. Cambios territoriales en Europa, 1945-1947



Introducción

Imaginemos un mundo sin instituciones. Es un mundo en el que las fronteras entre países parecen haberse disuelto, dejando un único paisaje infinito por donde la gente viaja buscando comunidades que ya no existen. Ya no hay gobiernos, ni a nivel nacional ni tan siquiera local. No hay escuelas ni universidades, ni bibliotecas ni archivos, ni acceso a ningún tipo de información. No hay cines ni teatros, ni desde luego televisión. La radio funciona de vez en cuando, pero la señal es remota, y casi siempre en una lengua extranjera. Nadie ha visto un periódico durante semanas. No hay trenes ni vehículos a motor, teléfonos ni telegramas, oficina de correos, comunicación de ningún tipo excepto la que se transmite a través del boca a boca.

No hay bancos, pero esto no constituye una gran adversidad porque el dinero ya no tiene ningún valor. No hay tiendas, porque nadie tiene nada que vender. Aquí nada se produce: las grandes fábricas y negocios que solía haber han sido destruidos o desmantelados como lo ha sido la mayoría de los edificios. No hay herramientas, guardad lo que se pueda extraer de los escombros. No hay comida.

La ley y el orden prácticamente no existen, porque no hay fuerzas policiales ni judiciales. En algunas zonas ya no parece haber un claro sentido de lo que está bien y lo que está mal. La gente coge lo que quiere sin tener en cuenta a quién pertenece —de hecho, el sentido de la propiedad en sí ha desaparecido en gran medida—. Los bienes sólo pertenecen a aquéllos lo bastante robustos para aferrarse a ellos y a los que están dispuestos a defenderlos con su vida. Hombres armados deambulan por las calles, cogiendo lo que quieren y amenazando a cualquiera que se interponga en su camino. Mujeres de todas las clases y edades se prostituyen a cambio de comida y protección. No hay vergüenza. No hay moralidad. Sólo la supervivencia.

A las generaciones modernas les cuesta imaginar que semejante mundo pueda existir fuera de la imaginación de los guionistas de

Hollywood. Sin embargo, hoy día sigue habiendo cientos de miles de personas que padecieron exactamente estas condiciones –no en rincones remotos del globo, sino en el corazón de lo que se ha considerado durante décadas una de las regiones más estables y desarrolladas de la tierra–. En 1944 y 1945, grandes fragmentos de Europa se quedaron en el caos, a la vez, durante meses. La Segunda Guerra Mundial –con mucho la guerra más destructiva de la historia– no sólo había destruido la infraestructura física, sino también las instituciones que mantenían unidos a los países. El sistema político se había desmoronado hasta tal punto que los observadores americanos advirtieron de la posibilidad de una guerra civil a escala europea.¹ La fragmentación intencionada de las comunidades había sembrado una desconfianza irreversible entre vecinos, y la hambruna universal hizo intrascendente la moralidad personal. «Europa», afirmaba el *New York Times* en marzo de 1945, «está en una situación que ningún americano espera poder entender.» Era «El nuevo continente negro».²

El hecho de que Europa se las arreglara para salir de este fango, y luego pasar a convertirse en un continente próspero y tolerante, parece poco menos que un milagro. Rememorando la proeza de la reedificación que tuvo lugar –la reconstrucción de las carreteras, los ferrocarriles, las fábricas, hasta ciudades enteras– resulta tentador no ver más que progreso. El renacer político que aconteció en Occidente es asimismo impresionante, sobre todo la rehabilitación de Alemania que pasó de ser una nación paria a un miembro responsable de la familia europea en sólo unos pocos años. Durante los años de posguerra nació también un nuevo deseo de cooperación internacional que no sólo llevaría prosperidad, sino paz. Las décadas posteriores a 1945 han sido ensalzadas como el periodo más largo de paz internacional en Europa, sin excepción, desde los tiempos del Imperio romano.

No es de extrañar que aquéllos que escriben acerca del periodo de posguerra –historiadores, políticos e igualmente economistas– lo describan a menudo como una época en la que Europa se elevó como un fénix de las cenizas de la destrucción. Según este punto de vista, la finalización de la guerra no sólo marcó el fin de la represión y la violencia, sino también el renacer espiritual, moral y económico de todo el continente. Los alemanes llaman a los meses posteriores a la guerra *Stunde null* («Hora Cero») –lo que supone que fue un periodo en el que se hizo borrón y cuenta nueva, y se dejó que la historia comenzara de nuevo–.

Pero no hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que ésta es una visión de la historia de posguerra claramente halagüeña. Para empezar, la guerra no acabó simplemente con la derrota de Hitler. Un conflicto de la magnitud de la Segunda Guerra Mundial, con todos los pequeños enfrentamientos civiles que la rodearon, tardó meses, si no años, en cesar, y el fin llegó en diferentes momentos en distintas partes de Europa. En Sicilia y el sur de Italia, por ejemplo, acabó prácticamente en el otoño de 1943. En Francia, para la mayoría de la población civil terminó un año después, en el otoño de 1944. En cambio, en algunas zonas de Europa oriental, la violencia continuó mucho después del Día de la Victoria. Las tropas de Tito siguieron combatiendo a las unidades alemanas en Yugoslavia al menos hasta el 15 de mayo de 1945. Las guerras civiles, que estallaron en primer lugar por la participación nazi, continuaron haciendo estragos en Grecia, Yugoslavia y Polonia durante varios años después de que la guerra principal hubiera terminado, y en Ucrania y los Estados Bálticos los guerrilleros nacionalistas siguieron combatiendo contra las tropas soviéticas hasta bien entrada la década de 1950.

Algunos polacos afirman que la Segunda Guerra Mundial no acabó en realidad hasta épocas aún más recientes: puesto que el conflicto dio comienzo oficialmente cuando los nazis y los soviéticos invadieron el país, no finalizó hasta que el último tanque soviético salió del territorio en 1989. Muchos habitantes de los países bálticos pensaban lo mismo: en 2005, los presidentes de Estonia y Lituania declinaron visitar Moscú con motivo de la celebración del 60.º aniversario del Día de la Victoria porque, al menos para sus países, la liberación no se produjo hasta principios de la década de 1990. Cuando se considera la guerra fría, que efectivamente fue un estado de conflicto permanente entre el este y el oeste europeos, y diversos alzamientos nacionales contra el dominio soviético, entonces la pretensión de que los años de posguerra constituyeron un periodo de paz ininterrumpido parece completamente exagerada.

Igualmente dudosa es la idea del *Stunde null*. Sin duda no hubo borrón y cuenta nueva, por mucho que los estadistas alemanes lo hubieran deseado con ahínco. En el periodo posterior a la guerra, oleadas de venganza y castigo inundaron todos los ámbitos de la vida europea. El territorio y los bienes de las naciones eran saqueados, los gobiernos y las instituciones sufrían depuraciones, y la percepción de lo que habían hecho durante la guerra aterrorizaba a comunidades enteras. Algunas de las peores venganzas se infligían a los individuos. La pobla-

ción civil alemana repartida por Europa fue golpeada, arrestada, utilizada como mano de obra esclava o sencillamente asesinada. Los soldados y los policías que habían colaborado con los nazis fueron arrestados y torturados. A las mujeres que se habían acostado con soldados alemanes las desnudaban, rapaban y paseaban por las calles cubiertas de brea. Millones de mujeres alemanas, húngaras y austriacas fueron violadas. Lejos de hacer borrón y cuenta nueva, los agravios entre comunidades y entre naciones, muchos de los cuales siguen vivos en la actualidad, se propagaron después de la guerra.

Tampoco el fin de la guerra significó el nacimiento de una nueva era de armonía étnica en Europa. De hecho, en algunas partes de Europa las tensiones étnicas empeoraron. Siguieron discriminando a los judíos, al igual que durante la guerra misma. Una vez más, por todas partes las minorías se convirtieron en objetivos políticos, y en algunas zonas ello condujo a atrocidades exactamente igual de repugnantes que las cometidas por los nazis. El periodo de posguerra contempló también el lógico final de los esfuerzos de los nazis por clasificar y segregar las distintas razas. Entre 1945 y 1947, decenas de millones de hombres, mujeres y niños fueron expulsados de sus países en una de las mayores acciones de limpieza étnica que el mundo ha visto nunca. Éste es un tema que los admiradores del «milagro europeo» rara vez discuten, y es más raro aún que comprendan: incluso los que están al tanto de las expulsiones de los alemanes saben poco de expulsiones similares de otras minorías a través del este de Europa. La diversidad cultural, que en otro tiempo fue una parte tan esencial del paisaje europeo antes e incluso durante la guerra, no recibió el golpe mortal final hasta después de terminada la misma.

El hecho de que la reconstrucción de Europa comenzara en medio de todos estos problemas la hace aún más notable. Pero del mismo modo que la guerra tardó mucho en finalizar, la reconstrucción tardó mucho en ponerse en marcha. La gente que vivía en medio de los escombros de las ciudades arrasadas de Europa estaba más preocupada por los pequeños detalles de la supervivencia cotidiana que por la restauración de los pilares de la sociedad. Estaban hambrientos, apesadumbrados y amargados por los años de sufrimiento que les habían hecho padecer —antes de que pudieran estar motivados para empezar a reconstruir, necesitaban tiempo para descargar su ira, reflexionar y lamentarse—.

Las nuevas autoridades que estaban tomando posesión de sus cargos en toda Europa también necesitaban tiempo para establecerse. Su

principal prioridad no era limpiar los escombros, o reparar las líneas del ferrocarril, o reabrir las fábricas, sino únicamente elegir representantes y ediles en cada comarca de sus países. Luego, estos ediles tenían que ganarse la confianza de la gente, la mayoría de la cual había aprendido en seis años de atrocidad organizada a tratar a todas las instituciones con una prudencia extrema. En semejantes circunstancias, la instauración de algún tipo de ley y orden, y menos aún cualquier reconstrucción física, era poco más que un sueño imposible. Sólo los organismos externos –los ejércitos aliados, las Naciones Unidas, la Cruz Roja– tenían la autoridad o los recursos humanos para intentar tales proezas. En ausencia de dichos organismos reinaba el caos.

La historia de Europa en el periodo inmediato de posguerra no es por lo tanto, y sobre todo, una de reconstrucción y rehabilitación –es en primer lugar una historia de la caída en la anarquía–. Docenas de libros excelentes describen sucesos en distintos países –más que nada en Alemania– pero lo hacen en detrimento de un panorama más amplio: los mismos temas tienen lugar una y otra vez por todo el continente. Hay una o dos historias, como *Posguerra: una historia de Europa desde 1945* de Tony Judt, que contienen una visión más amplia del continente en su conjunto –aunque lo hacen a lo largo de un periodo de tiempo mucho mayor, y de ese modo se ven obligados a resumir los sucesos de los años inmediatos de posguerra en sólo algunos capítulos–. Que yo sepa no existe ningún libro en idioma alguno que describa con detalle todo el continente –este y oeste– durante esta época decisiva y turbulenta.

Este libro es un intento insuficiente de rectificar esta situación. Como tantos otros libros han hecho, éste no tratará de explicar cómo finalmente el continente resurgió de sus cenizas para reconstruirse física, económica y moralmente. No se centrará en los juicios de Núremberg ni en el Plan Marshall ni en cualquiera de los demás intentos de cicatrizar las heridas que produjo la guerra. En su lugar, se refiere al periodo anterior a que tales intentos de rehabilitación fueran siquiera posibles, cuando la mayor parte de Europa seguía siendo sumamente inestable, y la violencia podía estallar una vez más a la menor provocación. En cierto sentido intenta lo imposible –describir el caos–. Lo hará seleccionando diferentes elementos de ese caos e indicando de qué manera estaban enlazados por aspectos comunes.

Empezaré mostrando precisamente lo que se destruyó durante la guerra, tanto física como moralmente. Sólo si apreciamos en su totalidad lo que se perdió podemos entender los sucesos posteriores. La Parte II describe la oleada de venganza que se extendió por el continente y da a entender cómo se manipuló este fenómeno para lograr beneficios políticos. La venganza es un tema constante en este libro, y si queremos entender el ambiente de la Europa de posguerra es esencial comprender su lógica y los fines que perseguía. Las Partes III y IV exponen lo que ocurrió cuando esta venganza, y demás formas de violencia, se dejaba que se fueran de las manos. La limpieza étnica, la violencia política y la guerra civil resultante fueron algunos de los sucesos más trascendentales de la historia europea. Sostendré que éstos fueron, en efecto, los últimos espasmos de la Segunda Guerra Mundial –y en muchos casos un nexo casi perfecto con el comienzo de la guerra fría–. Por consiguiente, el libro abarca, grosso modo, los años 1944 a 1949.

Uno de mis principales propósitos al escribir este libro era desprenderme de la limitada visión occidental que suele dominar en la mayoría de los textos que se han escrito sobre esa época. Durante décadas, los libros acerca del periodo posterior a la guerra se han centrado en los sucesos ocurridos en Europa occidental, principalmente porque no era fácil disponer de información sobre el este, incluso en la propia Europa oriental. Desde la desmembración de la Unión Soviética y sus estados satélites dicha información se ha vuelto más asequible, si bien tiende a seguir siendo oscura y en general sólo aparece en libros y revistas especializados, a menudo en el idioma del autor. De este modo, aunque muchos polacos, checos y húngaros han realizado mucho trabajo innovador, sigue siendo sólo asequible en polaco, checo y húngaro. En gran parte ha seguido estando en manos de académicos –lo cual me brinda otro propósito de este libro: hacer que ese periodo cobre vida para todos los lectores en general–.

Mi propósito final, y tal vez el más importante, es despejar un sendero a través del laberinto de los mitos que se han propagado sobre el periodo posterior a la guerra. Muchas de las «masacres» que he investigado resultan ser mucho menos impresionantes de lo que se describen habitualmente tras un examen minucioso. Del mismo modo, algunas atrocidades absolutamente increíbles se encubrieron, o simplemente se perdieron barridas por otros acontecimientos históricos. Aunque puede que fuera imposible descubrir la verdad exacta que hay

detrás de algunos de estos incidentes, al menos es posible eliminar algunas de las falsedades.

Una de mis pesadillas particulares es la superabundancia de estadísticas imprecisas y sin fundamento que se difunden con regularidad en discusiones referentes a este periodo. Las estadísticas importan de verdad, porque con frecuencia se emplean para fines políticos. Algunas naciones suelen exagerar los delitos de sus vecinos, bien para desviar la atención de sus propios delitos o bien para fomentar sus propias causas nacionales. A los partidos políticos de todos los colores les gusta exagerar los desmanes de sus rivales y dan poca importancia a los de sus aliados. Los historiadores también exageran algunas veces, o simplemente eligen el número más sensacionalista de la variedad de cifras disponible para hacer que sus historias parezcan más espectaculares. Pero las historias de este periodo son suficientemente fantásticas –no necesitan exageración–. Por esta razón he intentado en lo posible basar todas mis estadísticas en fuentes oficiales, o en estudios académicos responsables en caso de que las fuentes oficiales hubieran desaparecido o fueran dudosas. Siempre que la estadística esté en entredicho, pondré en el texto principal el número que considere más fiable, y los números alternativos en las notas.

Dicho esto, sería disparatado imaginar que mis intentos de precisión no se puedan mejorar. Tampoco puede pretender este libro ser una historia «definitiva» y «exhaustiva» del periodo inmediatamente posterior a la guerra en Europa: el objeto de estudio es demasiado amplio para eso. En cambio, es un intento de arrojar luz sobre todo un mundo de acontecimientos sorprendentes y en ocasiones terroríficos para aquéllos que de otra manera no los habrían descubierto nunca.

Mi esperanza es que abra un debate acerca de cómo afectaron estos acontecimientos al continente durante las etapas más penosas de su renacer y –puesto que existe un campo enorme para investigaciones adicionales– tal vez estimular a otros para que ahonden en ellas. Si el pasado es un territorio extraño, este periodo de la historia de Europa sigue teniendo regiones inmensas con la única señal de «Aquí hay dragones».

NOTAS SOBRE NOMBRES DE LUGARES

El mapa de Europa se modificó considerablemente después de la Segunda Guerra Mundial, y los nombres de ciudades y municipios cambiaron con él. Así, por ejemplo, la ciudad alemana de Stettin pasó a ser la ciudad polaca de Szczecin, la polaca Wilno se convirtió en la lituana Vilnius y la italiana Fiume se transformó en la yugoslava Rijeka.

Excepto en el caso de que exista un nombre en inglés establecido para una ciudad,* he intentado siempre utilizar los nombres de los lugares en conformidad con la época. Así, he utilizado Stettin cuando narro sucesos ocurridos allí durante la guerra, pero Szczecin cuando describo acontecimientos posteriores. De igual modo, he dado nombres rusos a ciudades ucranianas como Járkov o Dnepropetrovsk porque, como parte de la Unión Soviética, así es como los documentos contemporáneos se refieren siempre a ellas.

Había, y sigue habiendo, sólidas intenciones nacionalistas detrás de los nombres que se daban a las ciudades, sobre todo en zonas fronterizas sensibles. Quisiera asegurar al lector que no comparto necesariamente estos sentimientos.

* En el caso de que exista tal nombre en español, lo traduciré. (*N. de la T.*)

Parte I

EL LEGADO DE LA GUERRA

Creí que estaríais ahí esperándome... Lo que me recibió en cambio fue el hedor persistente de las cenizas y los enchufes vacíos de nuestra casa en ruinas.

SAMUEL PUTERMAN
cuando regresó a Varsovia, 1945¹

Podíamos ver la destrucción física, pero el efecto del gran desbarajuste económico y la destrucción política, social y psicológica de cinco años en los que Hitler reconfiguró Europa en una maquinaria bélica se nos escapaba por completo.

DEAN ACHESON,
subsecretario de Estado, 1947²

Destrucción física

En 1943, el editor de libros de viajes Karl Baedeker publicó una guía del Gobierno General —esa pequeña parte de Polonia a la que se otorgó una aparente autonomía bajo el dominio nazi—. Como todas las publicaciones alemanas de la época, lo mismo se ocupaba de difundir propaganda que de informar a sus lectores. La sección dedicada a Varsovia es un buen ejemplo. El libro se deshacía en elogios acerca de los orígenes alemanes de la ciudad, su carácter alemán y el modo en el que se había convertido en una de las capitales más importantes del mundo «fundamentalmente debido al esfuerzo de los alemanes». Instaba a los turistas a visitar el Castillo Real medieval, la catedral del siglo xiv y la bella iglesia de los Jesuitas de finales del Renacimiento —todos los productos de la cultura e influencia alemanas—. Especial interés tenía el complejo de palacios del barroco tardío alrededor de la plaza Pilsudski —«la plaza más bonita de Varsovia»— ahora llamada plaza de Adolf Hitler. La atracción principal era el Palacio «Sajón», por supuesto construido por un alemán, y sus hermosos Jardines Sajones, que una vez más fueron diseñados por arquitectos alemanes. La guía de viaje admitía que lamentablemente uno o dos edificios habían resultado dañados a causa de la batalla de Varsovia en 1939, pero desde entonces, aseguraba a sus lectores, Varsovia «está siendo reconstruida de nuevo bajo la dirección de los alemanes».¹

No se hacía mención de los suburbios al oeste de la ciudad, que se habían convertido en un gueto para judíos. Esto probablemente daba lo mismo porque en cuanto el libro se publicó estalló un levantamiento que obligó al SS-Brigadeführer Jürgen Stroop a incendiar prácticamente todas las casas del distrito.² Casi cuatro kilómetros cuadrados de la ciudad fueron totalmente destruidos de esta manera.

Al año siguiente estalló otra revuelta en toda la ciudad. Esta vez se trató de una insurgencia más general alentada por el Ejército Nacional polaco. En agosto de 1944, grupos de hombres, mujeres y adolescentes polacos empezaron a tender emboscadas a los soldados alemanes y

a robarles sus armas y municiones. Durante los dos meses siguientes se hicieron fuertes dentro de la Ciudad Vieja y sus alrededores, y sometieron a más de 17.000 efectivos alemanes.³ La insurrección llegó a su fin en octubre tras algunos de los combates más brutales de la guerra. Luego, cansado de la desobediencia polaca, y sabiendo que de todas formas los rusos estaban a punto de entrar en la ciudad, Hitler ordenó que la arrasaran completamente.⁴

En consecuencia, las tropas alemanas volaron el Castillo Real medieval que tanto había impresionado a Baedeker. También minaron la catedral del siglo XIV y la hicieron saltar por los aires. Luego destruyeron la iglesia de los Jesuitas. El Palacio Sajón fue bombardeado sistemáticamente durante tres días justo después de la Navidad de 1944, como lo fue todo el complejo de palacios barrocos y rococó. El hotel Europeo, recomendado por Baedeker, fue incendiado por primera vez en octubre y luego, sólo para estar seguros, lo volaron en enero de 1945. Las tropas alemanas iban de casa en casa, de calle en calle, destruyendo sistemáticamente toda la ciudad: el 93 % de las viviendas de Varsovia fueron destruidas o dañadas sin remedio. Para que la destrucción fuera completa, incendiaron el Archivo Nacional, los Archivos de Documentos Antiguos, los Archivos Financieros, los Archivos Municipales, los Archivos de Nuevos Documentos y la Biblioteca Pública.⁵

Después de la guerra, cuando los polacos estaban pensando en reconstruir su capital, el Museo Nacional organizó una exposición que mostraba fragmentos de edificios y obras de arte que habían sido destruidos o dañados durante la ocupación alemana. Iba acompañada de una guía que, a diferencia de la de Baedeker, estaba toda escrita en tiempo pasado. El propósito era que los habitantes de Varsovia, y el resto del mundo, recordaran exactamente lo que se había perdido. Tanto la guía como la propia exposición hacían que aquéllos que vivieron la experiencia de la destrucción de Varsovia se dieran cuenta de que ya no eran capaces de apreciar la enormidad de lo que había ocurrido en su ciudad. Para ellos había sucedido de manera gradual, empezando con el bombardeo de 1939, siguiendo con el saqueo durante la ocupación y acabando con la destrucción del Gueto en 1943 y la aniquilación definitiva a finales de 1944. Ahora bien, unos meses después de su liberación, se habían acostumbrado a vivir en armazones de casas, rodeados por todas partes por montones de escombros.⁶

En cierto modo, sólo los que contemplaron los resultados de la destrucción sin haberla presenciado podían apreciar su magnitud. John

Vachon era un joven fotógrafo que llegó a Varsovia formando parte de un operativo de ayuda después de la guerra. Las cartas que escribió a su esposa Penny en enero de 1946 expresan su total incompreensión ante la magnitud de la destrucción.

Ésta es una ciudad increíble y quiero que te hagas una idea de ella, pero no sé cómo hacerlo. Es una gran ciudad, ¿sabes? Antes de la guerra tenía más de un millón. Tan grande como Detroit. Ahora está *toda* destruida en un 90%... Vayas donde vayas hay porciones de edificios en pie sin techo ni muchos muros laterales, y gente viviendo dentro. Salvo el Gueto, que no es más que una extensión de ladrillos, con camas retorcidas, y bañeras y sofás, cuadros enmarcados, baúles, millones de cosas que sobresalen de entre los ladrillos. No comprendo cómo pudo hacerse... es algo tan atroz que no puedo creerlo.⁷

La bella ciudad barroca que describía Karl Baedeker justo dos años antes había desaparecido por completo.

Es difícil transmitir en términos elocuentes la magnitud de la ruina que causó la Segunda Guerra Mundial. Varsovia era simplemente un ejemplo de ciudad destruida –sólo en Polonia hubo docenas más–. En el conjunto de Europa *cientos* de ciudades fueron parcial o totalmente arrasadas. Las fotografías tomadas después de la guerra pueden dar una idea del calibre de la destrucción de ciudades en particular, pero cuando se intenta multiplicar esta desolación por todo el continente escapa por fuerza a toda comprensión. En algunos países –sobre todo Alemania, Polonia, Yugoslavia y Ucrania– aplastaron un milenio de cultura y arquitectura en el intervalo de unos pocos años. Más de un historiador ha vinculado la violencia que provocó semejante devastación total con Armagedón.⁸

Las personas que fueron testigos de la ruina de las ciudades europeas lucharon por asimilar la desolación local que veían, y sólo en sus descripciones angustiadas e insuficientes podía imaginarse algo de la destrucción. Sin embargo, antes de llegar a tales reacciones humanas ante el paisaje aplastado y hecho pedazos, es necesario dejar por escrito algunas estadísticas –porque las estadísticas son importantes a pesar de lo escurridizas que puedan ser–.

Al tratarse de la única nación que desafió a Hitler con éxito durante toda la guerra, Gran Bretaña sufrió muchísimo. La Luftwaffe (Fuerzas

Aéreas alemanas) dejó caer sobre ella casi 50.000 toneladas de bombas durante el Blitz,* destruyendo 202.000 casas y dañando 4,5 millones más.⁹ El golpe que recibieron las principales ciudades de Gran Bretaña es bien conocido, pero lo que les ocurrió a algunas de las localidades más pequeñas es lo que muestra el verdadero alcance de los bombardeos. La ferocidad de los ataques sobre Coventry dio origen a un nuevo verbo alemán, *coventriren*—«coventrar»—, o destruir por completo. Clydebank es una población industrial relativamente pequeña a las afueras de Glasgow: de un total de 12.000 viviendas, sólo ocho se libraron del daño.¹⁰

Al otro lado del canal de la Mancha el daño no fue tan generalizado, sino mucho más concentrado. Caen, por ejemplo, fue prácticamente barrida del mapa cuando los Aliados desembarcaron en Normandía en 1944: el 75% de la ciudad fue arrasado por las bombas aliadas.¹¹ Saint-Lô y El Havre sufrieron aún más, con un 77% y un 82% de los edificios destruidos.¹² Cuando los Aliados desembarcaron en el sur de Francia, más de 14.000 edificios de Marsella estaban destrozados en parte o en su totalidad.¹³ Según los registros gubernamentales de las reclamaciones de indemnización y préstamos por las pérdidas debidas a la guerra, 460.000 edificios franceses fueron destruidos y 1,9 millones más dañados.¹⁴

Cuanto más al este se viajaba después de la guerra, mayor era la devastación. En Budapest, el 84% de los edificios estaban dañados, y el 30% de ellos en tan mal estado que eran totalmente inhabitables.¹⁵ Alrededor del 80% de la ciudad de Minsk, en Bielorrusia, estaba destruido: sólo 19 de 332 fábricas sobrevivieron en la ciudad, y únicamente porque los zapadores del Ejército Rojo desactivaron justo a tiempo las minas colocadas por los alemanes en retirada.¹⁶ La mayoría de los edificios públicos de Kiev estaban sembrados de minas cuando los soviéticos se batieron en retirada en 1941—el resto lo destruyeron cuando regresaron en 1944—. Se peleó tantas veces por Járkov, en el este de Ucrania, que al final quedó poco por disputar. Según un periodista británico, en Rostov y Voronezh «la destrucción fue casi del 100%».¹⁷ Y la lista prosigue. En la URSS, 1.700 ciudades y poblaciones quedaron arrasadas, 714 de ellas sólo en Ucrania.¹⁸

* Blitz es el nombre que recibió el bombardeo sostenido de Gran Bretaña por la Alemania nazi entre septiembre de 1940 y mayo de 1941. (*N. de la T.*)

Los que viajaron por este paisaje asolado después de la guerra contemplaron la destrucción de ciudad tras ciudad tras ciudad. Muy pocas de esas personas intentaron siquiera describir la totalidad de lo que habían visto —en cambio, en cada ciudad, les costaba aceptar el daño más localizado a medida que lo encontraban—. Stalingrado, por ejemplo, no era más que «trozos de paredes, estructuras de edificios medio en ruinas, montones de escombros, chimeneas solitarias». ¹⁹ Sebastopol «era de una melancolía indescriptible» donde «hasta en los suburbios... apenas había una casa en pie». ²⁰ En septiembre de 1945, el diplomático americano George F. Kennan se hallaba en la antigua ciudad finlandesa, hoy rusa, de Viborg, admirando cómo «los rayos del sol de la mañana alcanzaban los armazones de los edificios de pisos destruidos, y los inundaban momentáneamente de un destello frío y desvaído». Aparte de una cabra a la que asustó en uno de los portales en ruinas, parecía que Kennan fuera el único ser vivo en toda la ciudad. ²¹

En el centro de toda esta destrucción se encuentra Alemania, cuyas ciudades sufrieron sin duda el perjuicio más completo de la guerra. Las fuerzas aéreas británicas y americanas destrozaron unos 3,6 millones de viviendas alemanas —es decir, alrededor de una quinta parte de todos los espacios habitables del país—. ²² En términos absolutos, el daño a dichos espacios fue casi 18 veces mayor que en Gran Bretaña. ²³ Algunas ciudades en particular sufrieron mucho más que el promedio. Según las cifras de la Oficina Estadística del Reich, Berlín perdió más del 50% de los locales habitables, Hanóver el 51,6%, Hamburgo el 53,3%, Duisburgo el 64%, Dortmund el 66% y Colonia el 70%. ²⁴

Cuando los observadores aliados llegaron a Alemania después de la guerra, la mayoría de ellos esperaba encontrar una destrucción igual en magnitud que la que presenciaron en Gran Bretaña durante el Blitz. Incluso después de que las revistas y los periódicos británicos y americanos empezaran a publicar fotos y descripciones de la devastación era imposible prepararse para la visión de la realidad. Austin Robinson, por ejemplo, fue enviado a Alemania occidental inmediatamente después de la guerra en representación del Ministerio de Producción británico. Su descripción de Mainz mientras estuvo allí expresa su sensación de estupor:

Ese esqueleto, con bloques enteros arrasados, zonas enormes en las que no hay más que paredes en pie, fábricas destruidas casi por completo, era una

imagen que yo sabía que me acompañaría de por vida. Uno lo sabía intelectualmente sin sentirlo emocional ni humanamente.²⁵

El teniente británico Philip Dark se sintió igualmente consternado por la visión apocalíptica que contempló en Hamburgo al final de la guerra:

Nos desplazamos hacia el centro y empezamos a entrar en una ciudad asolada hasta límites incomprensibles. Sobrepassaba el horror. Hasta donde alcanzaba la vista, kilómetros y kilómetros cuadrados de armazones de edificios vacíos con vigas retorcidas como espantajos en el aire, radiadores de un piso que sobresalían por un hueco en una pared aún en pie, como el esqueleto crucificado de un pterodáctilo. Bultos horribles, horrorosos, de chimeneas brotando de la estructura de una pared. Todo ello impregnado de una atmósfera de calma imperecedera... Semejantes impresiones no se comprenden hasta que se ven.²⁶

Hay una sensación de desesperación absoluta en muchas de las descripciones de las ciudades alemanas en 1945. Dresde, por ejemplo, ya no se parecía «a Florencia sobre el Elba» sino que era más bien como «la cara de la luna», y los directores de planificación creían que se tardaría «al menos 70 años» en reconstruir.²⁷ Múnich estaba tan cruelmente arrasada que «realmente casi hacía pensar que el Juicio Final era inminente».²⁸ Berlín estaba «completamente destrozado –sólo había montones de escombros y esqueletos de casas».²⁹ Colonia era una ciudad «yacente, sin belleza, amorfa bajo los escombros y en la soledad de la derrota física completa».³⁰

Entre 18 y 20 millones de alemanes se quedaron sin hogar a causa de la destrucción de sus ciudades –es decir, los mismos que las poblaciones juntas de Holanda, Bélgica y Luxemburgo antes de la guerra–.³¹ Otros 10 millones de personas en Ucrania también quedaron sin techo, más que la población total de Hungría antes de la guerra.³² Esta gente vivía en sótanos, ruinas, agujeros en el suelo –en cualquier sitio donde pudieran encontrar un mínimo de refugio–. Estaban totalmente desprovistos de servicios esenciales tales como agua, gas y electricidad –al igual que millones más por toda Europa–. En Varsovia, por ejemplo, sólo funcionaban dos farolas.³³ En Odesa sólo se podía obtener agua de un pozo artesiano, de modo que hasta los dignatarios que la visitaban sólo recibían una botella de agua para lavarse.³⁴ Sin estos servicios

públicos esenciales la población de las ciudades europeas se veía obligada a vivir «a la manera medieval rodeada de la maquinaria derruida del siglo xx», tal como lo describió un columnista americano.³⁵

Mientras que la devastación en las ciudades había alcanzado su punto más dramático, las comunidades rurales sufrían a menudo tanto como ellas. Por todo el continente las granjas eran saqueadas, incendiadas, inundadas o simplemente abandonadas a causa de la guerra. Las marismas del sur de Italia, drenadas tan asiduamente por Mussolini, fueron de nuevo inundadas adrede por los alemanes en retirada, lo que motivó un rebrote de la malaria.³⁶ Más de medio millón de acres de Holanda (219.000 hectáreas) se arruinaron cuando las tropas alemanas abrieron aposta los diques que mantenían el mar a raya.³⁷ El alejamiento de los principales escenarios de la guerra no protegía de semejante trato. Los alemanes en retirada destruyeron más de la tercera parte de las viviendas en Laponia.³⁸ La idea era negar todo tipo de albergue a las fuerzas finlandesas renegadas durante el invierno, pero también tuvo el efecto de crear más de 80.000 refugiados. Se colocaron minas en las carreteras por todo el norte de Noruega y Finlandia, se derribaron las líneas telefónicas y se volaron los puentes, lo que ocasionó problemas que se dejarían sentir durante años tras el final de la guerra.

De nuevo, cuanto más al este, más destrucción. Grecia perdió un tercio de sus bosques durante la ocupación alemana, y más de mil pueblos fueron incendiados y quedaron deshabitados.³⁹ Según la Comisión de Reparaciones de posguerra, en Yugoslavia se destruyó el 24% de los vergeles, al igual que el 38% de los viñedos y alrededor del 60% de toda la ganadería. El expolio de millones de toneladas de grano, leche y lana completó la ruina de la economía rural yugoslava.⁴⁰ En la URSS fue aún peor: allí se destruyeron no menos de 70.000 pueblos junto con sus grupos de población y toda la infraestructura rural.⁴¹ Semejante perjuicio no fue simplemente el resultado de la lucha y el saqueo ocasional –la causa estuvo en la destrucción sistemática y deliberada de la tierra y la propiedad–. Las granjas y los pueblos se quemaban al menor indicio de resistencia. Extensiones enormes de bosque a lo largo de las carreteras se talaron para minimizar el riesgo de emboscadas.

Se ha escrito mucho acerca de lo despiadadas que fueron Alemania y Rusia cuando se atacaban mutuamente, pero eran igualmente implacables en defensa. Cuando el ejército alemán penetró en territorio so-

viético en el verano de 1941, Stalin emitió un comunicado por radio a su pueblo diciéndole que antes de huir se deshiciera de todo lo que pudiera: «Todos los bienes de valor, incluidos los metales no ferrosos, el grano y el combustible que no se puedan sacar, deben ser destruidos sin falta. En zonas ocupadas por el enemigo, las unidades de guerrilleros... deben prender fuego a los bosques, almacenes y medios de transporte». ⁴² Cuando empezaron a cambiar las tornas, Hitler ordenó asimismo que no debía dejarse nada atrás para los soviéticos que regresaban. «Sin hacer caso de sus habitantes, toda localidad debe incendiarse y destruirse para privar al enemigo de alojamiento», rezaba una de las órdenes de Hitler a sus comandantes del ejército en Ucrania en diciembre de 1941; «las localidades que se dejen intactas tienen que ser arrasadas posteriormente por la fuerza aérea.» ⁴³ Más tarde, cuando las cosas empezaron a ponerse muy mal, Himmler ordenó a sus mandos de las SS que destruyeran todo: «No debe quedar ni una sola persona, ni ganado, ni quintal de grano, ni vía de ferrocarril... El enemigo debe encontrar un país totalmente quemado y destruido». ⁴⁴

Como consecuencia de órdenes como éstas, grandes extensiones de tierra de labor en Ucrania y Bielorrusia fueron incendiadas no una, sino dos veces, y con ellas innumerables pueblos y haciendas que pudieran ofrecer albergue al enemigo. Como es natural, la industria era una de las primeras cosas a destruir. En Hungría, por ejemplo, se desmantelaron 500 fábricas importantes y se trasladaron a Alemania —más del 90% del resto se destruyeron o dañaron a propósito— y casi todas las minas de carbón fueron inundadas o derrumbadas. ⁴⁵ En la URSS, se destruyeron cerca de 32.000 fábricas. ⁴⁶ La Comisión de Reparaciones de Yugoslavia calculó que el país había perdido industria por valor de 9,14 miles de millones de dólares, o una tercera parte de todo el patrimonio industrial del país. ⁴⁷

Tal vez lo que resultó más dañado fue la infraestructura del transporte continental. Holanda, por ejemplo, perdió el 60% de su transporte por carretera, canal y ferroviario. En Italia se inutilizó más de un tercio de la red nacional de carreteras y se dañaron o destruyeron 13.000 puentes. Tanto Francia como Yugoslavia perdieron el 77% de sus locomotoras y un porcentaje similar de todo el material rodante. Polonia perdió una quinta parte de sus carreteras, un tercio de las vías de tren (en total más de 16.000 kilómetros), el 85% de todo el material rodante, y el 100% de su aviación civil. Noruega había perdido la mitad de su transporte marítimo de carga anterior a la guerra, y Grecia

perdió entre dos tercios y tres cuartos de toda la flota marítima. Al final de la guerra, el *único* medio de transporte universal digno de confianza era viajar a pie.⁴⁸

La devastación física de Europa fue más allá de la mera pérdida de sus edificios e infraestructuras. Fue más allá, incluso, de la destrucción de siglos de cultura y arquitectura. Lo que verdaderamente tenían las ruinas de perturbador era lo que simbolizaban. Como expresó un militar británico, los montones de escombros constituían «un monumento al poder de autodestrucción del hombre».⁴⁹ Para cientos de millones de personas era un recordatorio diario de la barbarie que presenció el continente y que podría resurgir en cualquier momento.

Primo Levi, que sobrevivió a Auschwitz, sostenía que había algo casi sobrenatural en el modo en que los alemanes habían destruido todo a su paso. En su opinión, los restos destrozados de una base del ejército en Slutsk, cerca de Minsk, demostraban «el genio de la destrucción, o anticreación, aquí como en Auschwitz; era la mística de la esterilidad, más allá de todas las exigencias de la guerra o el estímulo del botín».⁵⁰ Los estragos causados por los Aliados fueron casi igual de dañinos: cuando Levi contempló las ruinas de Viena se vio abrumado por una «fuerte y amenazadora sensación de que en todas partes estaba presente una maldad irreparable y definitiva, acurrucada en las entrañas de Europa y el mundo, la semilla del daño futuro».⁵¹

Este trasfondo de «anticreación» y «maldad absoluta» es lo que hace que sea tan perturbador contemplar la destrucción de las ciudades y poblaciones europeas. Lo que está implícito en toda descripción de esa época, pero nunca manifestado abiertamente, es que detrás de la devastación física hay algo mucho peor. Los «esqueletos» de las casas y las fotos enmarcadas que sobresalen de los escombros de Varsovia son sumamente simbólicos: escondido tras las ruinas, tanto literal como metafóricamente, había un desastre humano y moral distinto.